

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 230–24 de marzo de 2017

En este número

Te ofrecemos

- 1. No paran, Emilio Álvarez Frías
- 2. Zonas hostiles, Manuel Parra Celaya
- 3. Juan López, ministro de la República, José Mª García de Tuñón Aza
- 4. Perderéis como en el 36, Fernando Sánchez Dragó
- 5. ¡Toma ya!, AlertaDigital
- 6. La crisis de la derecha política: modernidad y posmodernidad, Fernando José Vaquero Oroquieta
- 7. Camisa azul, Jaime Campmany
- 8. La vidorra de la «casta» de Podemos, Miguel Blanco

No paran

Emilio Álvarez Frías

sa banda de elementos desestructurados que dan la sensación de padecer de una idiocia severa, no paran de machacar en contra de todo lo que les daña, que son los símbolos de una cultura milenaria basada en los valores que han caracterizado al hombre en sus mejores tiempos, en las épocas de esplendor, con una profunda fundamentación religiosa, que es el signo

que más caracteriza a los individuos que ambicionan lo mejor para ellos y sus semejantes, la grandiosidad de lo bello, el amor entre las gentes, la libertad de los individuos, la paz y el amor entre los que constituimos el ser denominado hombre.

Hov profanan un templo cristiano consignas contra Dios gritando mostrando «sus teresas» las jóvenes revolucionarias que visten de Armani; ayer se oponen a que el Ejército haga presencia en determinados actos o territorios: después piden la expropiación de la Catedral de Córdoba; mañana se les ocurre exigir la supresión de la emisión de la Santa Misa por



Retransmisión por TV2 de la Santa Misa para enfermos e impedidos

televisión; encuentran momento para intentar apoderarse de la catedral de Jaca, luego de la Seo de Zaragoza... y así seguirán intentando destrozar todo lo que sea un lugar en que se practique una religión (fundamentalmente la cristiana), se rinda culto al honor, se rinda culto a la

tradición, etc. Al menos por ahora no les ha dado por echar a esos monumentos una astilla para que ardan, como sugirió la portavoz del ayuntamiento madrileño cuando era okupa.

Y mientras, los que no militamos entre esos mezquinos hemos de aguantar sus bufonada, malas artes, vulgaridades, provocaciones, proclamas que atentan contra nuestros deseos de convivencia, manifestaciones plagadas de vulgaridad o de malos instintos, discursos espurios, etc., incluso algunos con cierto temor y amedrentados por sus amenazas y provocaciones. Es la intención de imponernos las subversivas estrofas de su himno que dice, en una de las versiones:



«Del pasado hay que hacer añicos. / ¡Legión esclava en pie a vencer! / El mundo va a cambiar de base. / Los nada de hoy todo han de ser». ¿Ese es el futuro que nos ofrecen? ¿Es que la mayoría de los españoles vamos a achantarnos ante estos desalmados que quieren destruir todo? ¿Es que vamos a asistir impávidos a una aproximación a lo que vivieron nuestros padres y abuelos en el año 36? ¿Somos capaces de soportar impasibles que esta plaga vaya rompiendo todo lo creado durante años con esfuerzo y trabajo de varias generaciones?

En la esperanza de que seamos capaces de despertar y sepamos elegir entre lo mejor, despreciando y echando a la basura lo execrable que se nos ofrece, voy a dar un paseo por la ciudad para limpiarla de la polución que la va ocupando, no es la atmosférica que tanto teme esta caterva pero que en el fondo les sirve para ir

aherrojando a los ciudadanos dentro de sus procedimientos de control y dominio, sino la que produce su respiración y proclamas. Como compañía he tomado un botijo de Consuegra, Toledo, en forma de cántaro, pero con pitorro para degustar el agua fresca.

Zonas hostiles

Manuel Parra Celaya

econozco que no he visto aún *Zona hostil*, dirigida por Adolfo Martínez y protagonizada por Ariadna Gil y Raúl Mérida, que, como saben ustedes, narra un hecho bélico ocurrido en 2012 y en el que soldados españoles lograron evacuar a dos estadounidenses y rescatar un helicóptero, haciendo frente al enemigo *con un par*, como diría Pérez-Reverte.

Ocurre que, antes de ir al cine prefiero asesorarme acerca de la película (y, sobre todo, si es de



Escena de la película Zona hostil

su momento con Alatriste.

factura nacional, y perdonen la manera de señalar), para vendan aue me mensajes de contrabando, ya que me han asegurado que tomarse berrinches va mal para la salud y hace envejecer más pronto. En el caso de Zona hostil. todos los comentarios aue escuchado son elogiosos, de forma que me he prometido a mí mismo verla y, si procede, aplaudir al final, como hice en

Pero no es de cine de lo que me proponía escribir, sino acerca de la opinión de un militar, que participó en la realidad en la acción ahora llevada a la pantalla, y que sostiene que *la percepción*

social sobre el Ejército ha cambiado. Eso lo leí dos días antes de que unos individuos golpearan en Palma de Mallorca a un oficial que realizaba gestiones particulares; y pocas semanas después de que, en el pueblo de Gerona, el Ayuntamiento adoptase la decisión de prohibir (¿) en su territorio municipal una maniobras; y también un poco más tarde de que la señora Inmaculada Colau consintiera (¿) en que la tropa de Barcelona se moviera por la sierra de Collserola con la condición de que no portaran armas; y de que el alcalde de Lérida (también con un par) tuviera que pararle los pies al ucase de la Generalidad que insistía en que el Ejército no estuviera presente en salones para la juventud; acabo de leer que el Ayuntamiento gerundense acepta a los militares en la feria ExpoJove, ¡a condición de que no vayan uniformados! Y no cuento otras anécdotas de otros lugares de España por no alargarme y no poner en evidencia al testigo familiar...

Porque, queridos lectores, no solo existen zonas hostiles allá donde nuestros soldaditos llevan a cabo misiones internacionales (de paz, dicen los políticos, pero con tiros muchas veces), sino en la propia España, donde, por cierto, sigue en vigor la prohibición vergonzante (o recomendación taxativa) de que no se vea un uniforme militar por sus calles y plazas, a diferencia de lo que ocurre en el resto de las naciones occidentales.

Desconozco el alcance de esa percepción social que ha cambiado, pero atribuyo esas bienintencionadas palabras a un exceso de optimismo. Sé que el españolito normal, el ciudadano de a pie de cualquier rincón de España, el que es buena gente y va a su trabajo (o lo busca afanosamente), se preocupa de su familia y todavía está callado ante los desafueros que con él o sus hijos se cometen en las aulas, nunca ha dejado de percibir al Ejército como algo propio; muchos de estos ciudadanos hicieron la mili, con sus buenos, regulares y malos momentos, como todo en la viña del Señor, e incluso ahora relatan, con añoranza y las exageraciones lógicas, anécdotas del tiempo en que marcaron el caqui.

Pero existe otro sector de la sociedad, el envenenado desde hace muchos años por la puerca política al uso, que mantiene abierta una tremenda brecha entre lo civil y lo militar; es ese sector que *desprecia lo que ignora* –en palabras de un poeta–, al que una democracia mal entendida *le ha llegado al bajovientre* –en cita de otro escritor, este novelista– y que desconoce el



sentido de valores como compañerismo, abnegación, lealtad, disciplina, valor y esfuerzo, que, por cierto, tan bien vendrían si se aplicaran a otros menesteres sociales no estrictamente castrenses.

En este ámbito desdeñoso y lleno de inquina hacia los uniformes, se dan, además, zonas especialmente hostiles o adversarias con saña del Ejército: son aquellas inficionadas por el virus secesionista, donde la propaganda (y aun la escuela) pretende inculcar el odio a España y a lo español en general. Pero no olvidemos que, en estas zonas, también están esos ciudadanos que he calificado de *normales* -quizás como mayoría silenciosa o amedentrada-, que no

comparten ni por asomo esa vesania anticastrense y antiespañola, y que sufren día a día la presión política, social y mediática; por lo tanto, no es lícito generalizar.

Hemos leído que en Dinamarca han restaurado el Servicio Militar, perfectamente compatible con la profesionalidad y la especialización técnica que demandan los tiempos. ¿Alguien puede suponer cómo sería acogida una medida semejante en la España actual? No hace falta mucha

imaginación para describir el panorama de vestiduras rasgadas, a izquierda y derecha, de manifestaciones tumultuarias y de protestas, *pacíficas* y violentas.

Hace algún tiempo, propuse a un grupo de alumnos de Secundaria, a cuento de un episodio galdosiano, un tema de debate algo escandaloso: cómo reaccionarían ellos en caso de que un supuesto enemigo (sin especificar) invadiera el territorio nacional; las opiniones se dividieron entre quienes eran partidarios de no mover un dedo y someterse y los que, más *aguerridos*, sostenían que lo mejor era irse al extranjero. No está tan lejana esa *percepción* de jóvenes educados en la *no violencia* o la inquina a España... ¿Habrá cambiado en la actualidad? Me permito dudarlo. A lo mejor, si ven películas como la de Adolfo Martínez, empiezan a cambiar de opinión de verdad.

Juan López, ministro de la República

José Mª García de Tuñón Aza

Lenin español, Largo Caballero, volvió a España el 6 de junio de 1967 -después de permanecer en el exilio desde el final de la Guerra Civil-, donde comenzó a trabajar en una sociedad dirigida por falangistas. López era un veterano militante del sindicalismo español, dirigente del Sindicato del Ramo de la Construcción en Barcelona y que más tarde lo sería del Sindicato de Artes Gráficas. Había dirigido asimismo varios periódicos sindicalistas confederales, entre ellos ¡Despertad!, de Vigo, y Sindicalismo, en Barcelona y Valencia. Firmó junto con Juan Peiró, también ministro en el Gobierno de Largo Caballero, y Angel Pestaña, entre otros, el Manifiesto de los Treinta que provocó la crisis interna de la CNT frente a la FAI. Angel Pestaña que tuvo algunos contactos con José Antonio como como han recogido varios historiadores, fundó en marzo de 1934, el Partido Sindicalista, pero nunca contó con nombres



Juan López

de consideración en este movimiento anarcosindicalista y por esta razón el Comité intentó la adhesión a la Alianza Obrera, no lograda precisamente por la oposición de Juan López.

Éste permaneció en el exilio a lo largo de 28 años y a su regresó se incorporó como empleado de Relaciones Públicas de SALTUV (Sociedad Anónima Laboral del Transporte de Valencia) que irrumpe en la socioeconómica de España, en su fase inicial, por obra de un grupo de trabajadores. El empleo fue conseguido por falangistas, según dice en su libro Cuando Valencia fue capital de España el abogado Francisco Pérez Verdú: «Así pudimos ver cómo al constituirse en Valencia la cooperativa obrera denominada SALTUV, explotadora de los transportes urbanos, el alcalde falangista Rincón de Arellano, nombró secretario gerente de la misma al cenetista Juan López, recién llegado del exilio, quien fue ministro de Comercio en el mismo Gobierno Largo Caballero...». De todas las maneras, hace años, el propio Rincón de Arellano me confirmó que no fue él quien propuso a Juan López para ocupar un puesto de

trabajo en SALTUV sino el gerente de aquella Empresa, Macario Bolado. Lo único que hizo como alcalde, me decía, fue dar el visto bueno, además de ayudar, incluso, a otros cenetistas como José María Chornet Capilla Éste sería presentado más tarde a José Antonio Girón quien en sus *Memorias* lo recuerda especialmente como «un hombre duro, con un temperamento luchador y un sentido de justicia fuera de lo común». Pero antes de quedarse definitivamente a vivir en

España, realizó un viaje a nuestra patria en 1966. Fue cuando entra en contacto con dirigentes falangistas quienes le ofrecen la posibilidad de trabajar en su tierra.

Juan López había nacido en 1900 en Bullas (Murcia). Era hijo de un guardia civil y por motivos de servicio de su padre, a los 10 años, junto con toda la familia, se marcha a residir en Barcelona y en esta ciudad, cuando sólo contaba con 16 años, fue nombrado secretario de la Junta de la Sociedad de Moldistas y Piedra Artificial que se integró en el Sindicato del Ramo de la Construcción de Barcelona. Trabajó para reivindicar la entera personalidad humana y el derecho a vivir como un hombre libre. En 1920 es encarcelado víctima de la ola de violencia azotada por el terrorismo. No recobraría su libertad hasta el año 1926. Durante el tiempo que permaneció encarcelado fue gestando una vocación sindicalista independiente y luchó contra la tendencia que pretendía convertir la CNT en un movimiento anarquista.

Durante su largo exilio, apenas tiene contactos con España. En 1962 comienza a recibir mucha documentación interesándose principalmente por todo lo relacionado con la vida sindical. Él mismo confiesa que «la apertura de diálogo en el terreno sindical que se realiza en el Centro de Estudios Sindicales que presidía el catedrático de Filosofía Adolfo Muñoz Alonso» fue quien le dio el empujón para su regreso a casa. Al mismo tiempo que trabajaba en SALTUV, colaboraba en la revista que editaba la propia empresa. En la misma se pueden leer, a título de ejemplo, sus artículos: *Impresionismo y realismo; Divagaciones sobre cultura obrera; La socialización y el desafío americano; ¿Liberalizar o Socializar?* O bien *La Socialización, ¿puede con el gran problema?*, donde cita parte de un artículo que había publicado José Antonio Girón y que éste había titulado *Revolución inexcusable*. En otro artículo *Sindicalismo y comunismo*, vuelve a citar a Muñoz Alonso por considerar que un escrito suyo era «valiente y orientador desde muchos puntos de vista». El filósofo lo había titulado *Sindicalismo y marxismo*.

López, también fue amigo de Salvador de Madariaga a quien le publica en la misma revista *El porvenir del Socialismo*. En noviembre de 1970 le escribe invitándolo a venir a España y le pregunta: «¿Por qué no ofrecernos tu presencia física en cuerpo y alma?». Pero Madariaga (que decía de José Antonio que «era, desde luego, muy inteligente...)», no regresaría a España hasta el año 1976 para ocupar el sillón de la Real Academia Española que le había sido concedido en mayo de 1936. El deseo de Juan López se había cumplido con seis años de diferencia, aunque tampoco llegaría a verlo porque falleció en 1972.

Perderéis como en el 36

Fernando Sánchez Dragó (El Mundo)

hora, gracias al donoso escrutinio de dos historiadores (Álvarez Tardío y Villa García), ya sabemos, camaradas del soviet de *Vachekas*, con che de checa y ka de tuerka, que perdisteis

las últimas elecciones de la República, que recurristeis a un pucherazo y que el Gobierno, ilegítimo, del Frente Popular fue fruto de un golpe de Estado: el segundo, después del que fracasó en Asturias. Y volveréis a perder por idiotas, pues idiota hay que ser para meter la pata hasta las posaderas en el charco de la misa de la Dos: lo que se dice un pan como unas hostias (sin consagrar). Ninguna persona juiciosa, por teófoba que sea, respalda el liberticidio que se perpetraría impidiendo a los católicos seguir por la tele la ceremonia de más predicamento en la religión mayoritaria del



país. Hay que tener jeta para sostener que esa emisión no cumple los requisitos de servicio

público. ¿Y los programas de niños cocinillas, los de prensa rosa o los de las cervecitas en la playa cuando aprieta el *caloret*, por poner tres ejemplos sangrantes, sí? Decenas de miles de fieles, por edad o enfermedad, no pueden ir a la iglesia. ¿Qué hacemos? ¿Obligarlos a vivir en pecado mortal de ésos que según los curas preconciliares conducían derechitos al infierno? Manda huevos de Lunes de Pascua que quienes cristianos no somos tengamos que convertirnos por amor a la libertad en defensores de algo que no es asunto nuestro.

A Pablenin, que reniega de su apellido y lleva como nombre de pila el del fundador de la institución que tanto odia, le ha salido por la culata el balín del anticlericalismo apolillado. La misa de la Dos bate récords de asistencia. ¿Estará el catecúmeno de mi amigo Verstrynge conchabado con ese Papa Francisco que parece uno de los suyos? Yo, que fui el primer periodista en sufrir acoso por parte de quien entonces era poco más que un galopín, debería estarle agradecido. Mi programa literario vuelve el 23 de abril a la Dos y lo hace inmediatamente después de la misa del mediodía. Seguro que el tirón de ésta incrementará su audiencia. *Spasiba*, camarada.

Te doy la paz. Olvidado queda aquel día de 2013 en el que, desencajonado por Isabel Gemio y recibido por mí a puerta gayola, me llamaste bufón al servicio del poder. Está en YouTube, por si alguien pone en duda mi palabra. Anda, monaguillo bolchevique, ya va siendo hora de que te bajes del púlpito. *Ite, missa est.* La vuestra, claro. La de la Iglesia, no.

¡Toma ya!

Los musulmanes quieren prohibir las procesiones de Semana Santa

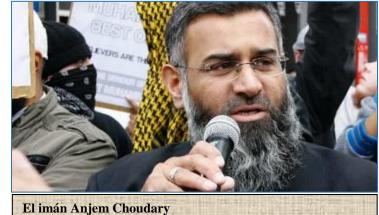
AlertaDigital

n imán «británico» de origen iraní, Anjem Choudary, una de las voces autorizadas y más influyentes en Europa de la comunidad musulmana, ha vuelto a poner el grito en el cielo por lo que considera «una ofensa» y «un menosprecio» a la religión del profeta: los fastos y procesiones de Semana Santa en nuestro país.

«La Constitución española de 1978 recoge que España es un Estado aconfesional y que ninguna

confesión tendrá carácter estatal», explica el clérigo en una reciente entrevista en el *Daily Mail*, y añade que «llevar a cabo todos los actos y liturgias propios del cristianismo durante la Semana Santa española, es una ofensa para los miles de musulmanes que se ven obligados a vivir su fe prácticamente en la clandestinidad», remata.

Choudary se refiere durante buena parte de la charla a nuestro país, y explica que, incluso, se plantean



demandar al Estado español ante el Tribunal de Estrasburgo. «Es la máxima autoridad judicial para garantizar los derechos humanos y libertades fundamentales en toda Europa. Entre ellos, la libertad e igualdad religiosa», sentencia.

El iraní cree que los más de 1,8 millones de musulmanes que ya viven en España se ven «discriminados por la política del Estado». Una razón de fe que choca frontalmente con su concepción de la realidad.

«Velamos por el bienestar de los musulmanes en toda Europa. No vamos a dejar que se menosprecien y rebajen los derechos de nuestros hermanos. El Islam, en unos años, será la principal religión de todo el continente. Ya es hora de decir bien alto "¡Europa, aquí estamos!"».

La crisis de la derecha política: modernidad y posmodernidad (4) Fernando José Vaguero Oroquieta

Gilles Finchelstein, director general de la Fundación Jean Jaurès, próxima al Partido Socialista Francés y autor de *Piège d'identité: réflexions (inquiètes) sur la gauche, la droite et la démocratie,* (Fayard, Paris, 2016), afirma en una cita recogida por Marc Bassets el 18 de marzo que «Vivimos una desestructuración de las líneas divisorias. Es decir, la división derechaizquierda sobre la que se estructuraba toda la vida política hace treinta años, poco a poco ha perdido su legibilidad y, para muchos franceses, su pertinencia«.

No es el único que así opina. Si bien desde otras orillas ideológicas, el impulsor de la equívocamente denominada Nueva Derecha, el también galo Alain de Benoist, asegura en numerosos artículos (especialmente en su todavía inédito libro en español *Le moment populiste, Droite-gauche c'est fini*, PG de Roux, 2017) que los conceptos de derecha e izquierda habrían perdido su vigencia; no en vano, ambos se habrían desplazado, perdiendo buena parte de sus señas de identidad características, convergiendo ambas en gran medida y transformándose en



coartada -con diversas sensibilidades cara al mercado electoral- de una oligarquía mundialista impulsora de un totalitario «pensamiento único».

Más cerca de nosotros, el vasco-francés Arnaud Imatz ha trabajado esta perspectiva en su libro *Droite/Gauche: pour sortir de l'équivoque* (Editions Pierre-Guillaume de Roux, Paris, 2016). En palabras del belga Christopher Gérard, «por división izquierda/derecha, Imatz entiende un artificio

creado para reforzar la ideología dominante, mezcla de materialismo y de multiculturalismo dogmáticos, ya que responde a las necesidades de una oligarquía tecno-mercantil que detesta instintivamente todo lo que se opone a la homogeneización fanática del mundo y al reino sin dividir que el Duque de Guise llamaba en su momento "la fortuna anónima y vagabunda"».

A un juicio análogo llegan también en España, si bien desde presupuestos muy diversos, autores como el recientemente fallecido Gustavo Bueno, José Javier Esparza y Rodrigo Agulló.

Desde esta perspectiva, la crisis de las derechas políticas en España, y de otros países, no sería otra que la pérdida de su razón de ser. Ser de derechas significaría muy poco o nada para la mayoría de nuestros coetáneos. Mientras que el espacio social antaño «de derechas» afrontaría, desconcertado y a la defensiva, la revolución cultural radical-progresista que viene desplegándose desde hace décadas, en el contexto de la globalización, su élite política tomaría un rumbo dispar que lo alejaría del mismo. Pero en esta deriva, las élites estarían acompañadas de gran parte de sus electores naturales, integrándose ambos -con más o menos resistencias según los casos- en el nuevo orden de cosas que viene denominándose como posmodernidad.

A lo largo de las tres entregas anteriores hemos pretendido, únicamente, sacar a relucir algunas cuestiones que entendemos decisivas en el debate cultural y político de hoy; especialmente desde la realidad sociológica de lo que se viene llamando «derecha». No pretendemos ser originales, pues casi todo está dicho ya; pero sí centrar nuestra mirada en los problemas reales.

Nadie mejor que el historiador y ensayista Pedro Carlos González Cuevas para ayudarnos a sintetizar el estado de la cuestión; no en vano es quien mejor y más ampliamente ha estudiado, desde la historiografía científica, la derecha política española y el pensamiento conservador. Y ello sin olvidar que también es uno de los mejores conocedores españoles de otras figuras fundamentales de las derechas europeas, como Charles Maurras, Carl Schmitt o Maurice Barrès. En una entrevista concedida a *Todo Literatura* aseguraba que «las diversas familias doctrinales de la derecha han sido incapaces de renovarse. El tradicionalismo católico desapareció con el Concilio Vaticano II. La tradición liberal-conservadora de Ortega y Gasset no ha tenido, desde Julián Marías, seguidores de altura. Incluso se ha pretendido dar una interpretación social-demócrata de ese legado. Lo mismo ocurre con la tradición empírico-positivista de Gonzalo Fernández de la Mora. El falangismo murió intelectualmente en los años sesenta del pasado



siglo. Por otra parte, la Iglesia católica ha sido incapaz de renovar el apoyo de las elites intelectuales. Las figuras de Pedro Laín Entralgo o de Xavier Zubiri o del ya citado Marías han carecido de continuidad. Los intentos de adaptación de la Nouvelle Droite de Alain de Benoist a la realidad española han fracasado».

Visto su actual panorama intelectual, por lo que respecta a su expresión política, asegura consecuentemente: «... hay que señalar que existe una clara diferencia entre la derecha como base social y el Partido Popular. El

Partido Popular es una parte de la derecha, pero no engloba al conjunto de ese espacio social, político y cultural. En realidad, y lo he dicho muchas veces, es el Partido Popular el enemigo por antonomasia no ya de la consolidación, sino de la aparición de otras alternativas de derecha». Las principales causas, conforme su juicio, de esta situación serían: «... falta de proyecto político y cultural; desprecio hacia su base social; pereza mental; complejos históricos: la derecha hegemónica no sabe qué hacer, por ejemplo, con el franquismo; desmovilización política, cultural, social; ausencia de alternativas; conformismo, etc.». En suma, la derecha, o mejor dicho las derechas, sufrirían una crisis de identidad y sentido; con la consiguiente desconexión élite/base social.

González Cuevas concuerda con los demás analistas, mencionados en nuestras anteriores entregas, en que a lo largo de estas últimas décadas la derecha política española se habría refugiado en una gestión de la economía con ciertos toques liberales, renunciando a la batalla de las ideas; de modo que su acción política se caracterizaría por su reactividad ante una izquierda siempre en perpetua ebullición. Pero, lo que es más grave, una vez en el poder se ha limitado a mantener el *status quo*, de modo que bajo sus gobiernos los avances legislativos y sociales de las izquierdas se han consolidado; especialmente en lo que se refiere al modelo familiar y a la extensión de los denominados «nuevos derechos sociales». Tal inacción, ¿se debe a una inoperatividad de raíces acaso intelectuales, o a una renuncia expresa de su identidad en tránsito ineludible hacia un nuevo paradigma que no sería otro que el del pensamiento único?

Recordemos que Gonzalo Fernández de la Mora interpretaba los cambios mencionados como un proceso de «desideologización» –que no de desaparición de las ideologías– que generaría, con avances y retrocesos, una convergencia entre derecha e izquierda.

Para el profesor González Cuevas «... la enfermedad fundamental de la derecha realmente existente en España, es decir, el Partido Popular es el "centrismo". Como señala el politólogo Julien Freund, el centrismo es una manera de anular, en nombre de una idea no conflictual de la sociedad, no sólo el enemigo interior, sino las opiniones divergentes». El autor desvela, así, el preciso mecanismo de ingeniería social del pensamiento único al que la derecha política se habría sometido obedientemente.

La cuestión, entonces, es: ¿por qué la derecha se ha desideologizado en tan sorprendente operación de «centrismo» acelerado? Las élites que así vienen actuando, ¿no tuvieron otras opciones? Como primera respuesta diremos que se mueven «a lomos de la Historia»; si bien espoleados por crematísticos intereses de oligarquía.

Debemos señalar que, para diversos autores, el concepto mismo de «derecha» es cambiante, estando sometido a una rápida evolución histórica. De hecho, no existe un concepto universalmente aceptado de lo que significa derecha política en cualquier momento de la Historia, ni siquiera en diversos contextos geográficos contemporáneos. Derecha, también



La mejor web del panorama ASIVAESPAÑA.COM

izquierda, son conceptos en sí problemáticos y según tales autores, progresivamente vaciados de contenido.

José Javier Esparza (En busca de la derecha [perdida], Áltera. Madrid. 2005). anterior. constatando lo concluye que «lo que define a la derecha y a la izquierda es la posición relativa que cada cual ocupa a lo largo del proceso de la modernidad». De modo que derecha e izquierda son inseparables del debate intelectual por excelencia: la crisis de la modernidad v la irrupción v aprehensión intelectual de la denominada posmodernidad.

Por su parte, Rodrigo Agulló (Disidencia Perfecta. La Nueva Derecha y la batalla de las ideas, Áltera, Madrid, 2011) sintetiza y concreta esta cuestión de la siguiente manera: «... la izquierda era la gran heredera del movimiento de la Filosofía de las luces, que a partir de la Revolución Francesa inaugura la modernidad. Y la derecha se convirtió en el custodio de aquellas actitudes de la pre-modernidad que iban siendo progresivamente relegadas por el mito del Progreso. Si tuviéramos que caracterizar muy brevemente esas actitudes, destacaríamos un solo rasgo: su carácter predominantemente antieconómico. Se trataba de ese entramado de valores, creencias y formas de vida propias de las "sociedades tradicionales" que se encontraban en oposición casi absoluta a los intereses de las nuevas clases burguesas, y por lo tanto eran contrarias a la "ideología económica" construida por los padres del liberalismo. De esta manera, la izquierda se situaba siempre del lado del "progreso", mientras que la derecha lo hacía del lado de la "conservación" o la "reacción". Sin embargo, a lo largo de dos siglos el eje de esa confrontación se fue desplazando sistemáticamente hacia la izquierda: mientras la derecha iba progresivamente aceptando la filosofía de las luces y el liberalismo (especialmente en sus aspectos económicos), la izquierda llevaba hasta el extremo la "ideología económica" de los padres del liberalismo, al proclamar el marxismo que "todo es economía"».

Nos encontraríamos, entonces, en tránsito hacia un nuevo escenario, o una nueva época histórica, que se viene denominando posmodernidad, a la vez que son desarbolados los viejos paradigmas filosóficos, los diversos «relatos» explicativos de la realidad y la misma existencia humana; aunque no se sepa apenas de qué se trata en puridad de conceptos. No obstante, debe

constatarse que, desde la política y las ciencias sociales mayoritarias, al menos en Occidente, sí se le está dotando de un discurso ideológico articulado y coherente. De ahí el contundente éxito del «pensamiento único» en política, el impacto de las nuevas tecnologías y los cambios antropológicos que ya está generando, y las poliédricas y desconcertantes caras de la globalización. En este contexto, las clásicas «derechas» e «izquierdas», especialmente las primeras, habrían perdido buena parte de su sentido al no saber adaptarse a una nueva realidad en acelerada transición.

Pero, ¿qué es la posmodernidad? Son muchas las definiciones y buena parte de ellas centradas en aspectos parciales de tan novedoso paradigma: estéticos, existenciales, filosóficos, políticos, antropológicos...

Mencionemos, a modo ilustrativo, una de estas perspectivas. Así, a decir de Daniel Innerarity, «la filosofía ha perdido "la esperanza de la



Cubismo. Georgy Kisasov. Rusia

totalidad" (Adorno). Si las totalidades ofrecidas por la modernidad han resultado equivocadas, ahora ya no se ofrece una nueva síntesis sino que se decreta el sincretismo de la razón, la fragmentación del mundo de la vida, la desconexión entre los diversos saberes y dominios científicos, la imposibilidad de justificar la acción y establecer la legitimidad política».

En tal perspectiva coinciden muchas de las diversas aproximaciones a la posmodernidad, afirmando que la modernidad y sus grandes relatos –o mega-relatos– ya no responderían a los desafíos de la razón; y por lo que más directamente nos atañe, cristianismo y marxismo «clásico» estarían agotados.

La filósofa y ensayista española Rosa María Rodríguez Magda va todavía más lejos, incorporando en su acervo algunas aportaciones de Baudrillard, Bauman y Zizek. Si la posmodernidad postulaba el fin de los mega-relatos, veíamos, transitaríamos hoy en una nueva etapa histórica que denomina «transmodernidad», caracterizada por la aparición del nuevo «gran relato» de la globalización que estaría respondiendo los retos de la modernidad desde las críticas posmodernas.

Pero también hay autores que niegan la mayor: la posmodernidad no sería sino el conjunto, en ocasiones contradictorio, de las respuestas críticas que desde una «razón adulta» se proporcionarían a la insatisfactoria «razón joven» de la Ilustración y la modernidad (Asensio Martínez Ortega, *La posmodernidad y mi laberinto. Una teoría del conocimiento, 2013, La gran batalla de nuestro tiempo*, A-Anroc, 2014).

En la posmodernidad, liquidados los mega-relatos, las derechas, que transitaron agónicamente en una modernidad a la que se enfrentaron, ¿han perdido su razón de ser? No en vano, el hombre líquido (Zygmunt Baumann), liberado (Foucault), el hombre desarraigado (Josep Miró i Ardèvol), o emancipado (Chantal Delsol) –quienes encarnarían al prototípico individuo posmoderno– son contrapunto de la mentalidad y valores de cualquiera de esas «derechas» aparentemente sin respuestas.

Ya estemos en una crisis histórica, o en la agonía de una modernidad que se resiste a morir, ya en tránsito a un tiempo nuevo todavía en configuración, ello no quiere decir que no sobrevivan – o se generen– disidencias frente a los efectos de la globalización y su pensamiento único: algunas por completo inéditas y apenas expresadas y comprendidas; otras, rescoldos del Viejo Orden y acaso esperanza de un futuro aunque impreciso cambio.

Volviendo al inicio de este texto, veíamos que nuevas problemáticas estarían quebrando la clásica dicotomía derecha/izquierda. Es el momento de hablar de los nuevos actores sociales y de los populismos; lo que haremos en nuestra próxima entrega.

Camisa Azul

Jaime Campmany

Periodista, novelista y poeta (Arriba de 20 de septiembre de 1966)

aime, ¿qué hacemos con estas camisas?

La voz de mi mujer me llega desde el dormitorio. Estamos de mudanza. Trasladamos los viejos muebles, que no están definitivamente desvencijados; nuestras pequeñas y adoradas cosas, que sólo son un ñaque amasado de recuerdos desde el apeadero que nos dejamos en Madrid durante nuestra época romana al nuevo piso donde, por fin dispondremos, si Dios no nos aumenta la familia, del mínimo espacio vital, como ahora se dice. Yo ordeno los libros y mi mujer ordena las ropas.

-Jaime, ¿qué hacemos con estas camisas?

No puedo verla desde donde estoy yo, pero lo adivino arrodillada frente al armario grande, vaciando uno a uno, los cajones y apartando a un lado los calcetines casi transparentes a fuerza de golpe de

talón y batir de la lavadora; las camisas de cuello y puños desflecados; los pañuelos, demasiado

cansados de volar del bolsillo a la nariz; las corbatas, torturadas por muchos nudos; la pajarita del «smoking» de los primeros Juegos Florales: los cordones de la Milicia Universitaria: la sahariana caqui de bolsillos tableados y gruesos pespuntes en las costuras que llevé a las Jornadas Literarias por Extremadura, cuando el pobre Cesar escribió que yo iba vestido de oficial del Ejercito canadiense de ocupación...



«Debe haber encontrado las camisas

azules», pienso. Si. Aquí están. Son cinco. La más pequeña tiene el azul como jaspeado; junto al bolsillo izquierdo están todavía las tres saetas verdes que me bordó mi madre cuando me hicieron Jefe de una Centuria de Flechas. La otra tiene sólo dos flechas bordadas, porque entre los cadetes no pasé de Jefe de Falange. Hay otra, descolorida por muchos soles, mal pegados los botones y con algún costurón mal cosido; es la camisa que llevé a Ronda, con la que me asomé al Tajo y a la plaza pequeña y dorada; con la que anduve los caminos de la serranía que llevan a Montejarque o Setenil, entre viejas encinas que saben leyendas de bandoleros y contrabandistas; con la que recibí la estrella de cinco puntas de alférez de Complemento. Aquí están también mi camisa de seuista y la que llevé a El Pardo cuando los veinticinco años de *Arriba*.

Mi mujer las ha desdoblado, una a una, y me las presenta cogidas por las hombreras. Después me mira. Espera una respuesta mía.

-Bueno, ¿qué hacemos con ellas?

Yo no he respondido. La verdad es que no sé si debo responder. Me siento lleno de confusión y de recuerdos. Esa es la camisa de mi primer Campamento. Sierra Espuña. Entonces leía yo a Rudyard Kipling y a Rabindranat Tagore. «El Cid» de Huidobro y el «Amadís», y empezaba a deletrear a José Antonio. Con aquella camisa pronuncié mi primera, balbuciente lección política. La más hermosa y perenne, la que hoy suscribiría palabra por palabra: «Camarada: que tu parcela sea la mejor...». Olía aún a guerra y era tiempo de primavera inicial, de consignas y canciones, de fusil pequeño y de banderas alzadas. Era el tiempo en que todos vestían con



urgencia aquella camisa azul, incluso aquellos que en el 45, calientes todavía los rescoldos de la guerra grande, se descamisaron enseguida con ritmo de «streap tease» político.

Esa otra es la camisa de mi último albergue universitario. La vestí en Arbucias, entre los recios troncos de los bosques de Gerona., cerca de un pueblo alto y pirenaico que se llama como yo. Entonces leía a Ortega, me bebía a Unamuno, escribía glosas a Ganivet, me desojaba sobre Laín, aprendía de memoria a Machado, recitaba a Miguel Hernández y empezaban a fastidiarme los libros de Rafael Calvo Serer. Por la noche

pasaba de Savigny a Hegel, de Fray Luis a Neruda. A su bolsillo sigue prendido un trocito de seda negra con el cisne del Cardenal Regente. Con esa camisa... ¡Dios mío, cuánta juventud, cuántas esperanzas, cuántas impaciencias, cuánto amor y cuánto trajín hay dentro de esa camisa! Ahí están mis obediencias esenciales, esas que todavía mantengo, y mis rebeldías invencibles, esas que nadie podrá sofocar.

Y aquí tengo la última. La que sintió el peso del féretro de José Antonio; la de las crónicas grises y aceradas de El Escorial en los 20 de noviembre; la de los veinticinco años de *Arriba*. Aquí están todas; la de las manifestaciones por Gibraltar español; la de las marchas del primer «Conozca usted España», pero con tuteo; la del «Cara al Sol» en el patio de la cárcel de Alicante; la que llevaba cuándo Ismael Herráiz le dijo a Rafael García Serrano que «ese muchacho de apellido tan raro venga por el periódico y escriba todo lo que quiera»; la que me puse para ir a decir que «si» porque España era afirmativa y sólo los melancólicos de fuera y los nostálgicos de dentro querían que se dijera «no»; la del abrazo al Apóstol después de dos días de mar y algunas leguas de tierra....

-Jaime, ¿me oyes? Dime de una vez que hago con estas camisas.

Mi mujer me ha hecho un gesto que quiere decir impaciencia. Después, otro que quiere decir desistimiento. Luego me ha mirado de nuevo. Quizá ha comprendido. Ha vuelto a doblar las camisas por sus mismos pliegues, muy despacio, y me ha preguntado con un interés excesivo para ser sincero:

-¿Has terminado con los libros?

La vidorra de la «casta» de Podemos

Miguel Blanco (ESdiario.com)

os dirigentes del partido morado parecen sentirse cada vez más cómodos entregados a placeres mundanos, disfrutando de los privilegios que decían combatir. Eso que ahora llaman «la trama».

Este martes, las redes sociales ardían en algunos foros de las bases de Podemos. El ya conocido como el *selfie del Ritz* ha provocado un sarpullido en la militancia del partido morado. En él, posan sonrientes el portavoz en el Senado, Ramón Espinar, y su homóloga en la Asamblea de Madrid, Lorena Ruiz-Huerta, durante su asistencia a un desayuno informativo de la alcaldesa de Madrid, Manuela Carmena, en un salón del exclusivo Hotel Ritz de la capital.



El selfie del Ritz de Ramón Espinar y Lorena Ruiz

Algunos de los dirigentes de Podemos rodeados de varios empresarios del IBEX que trabajan con el Consistorio y que se han convertido en el último objetivo de Pablo Iglesias: la llamada «trama» a la que apela en sus últimas intervenciones el líder morado. Pero, que los dirigentes de la formación que pretendía erigirse en voz de los desheredados se han acostumbrado en tiempo récord a los privilegios de la vieja política, un es ya consumado.

Así quedó de manifiesto la pasada semana y de forma accidental. El pasado

jueves, de cara a la votación decisiva del real decreto sobre la estiba, los grupos parlamentarios se vieron obligados a llamar a capítulo a todos sus diputados. La votación se esperaba tan estrecha -la abstención de C's le restó luego trascendencia- que cada escaño era clave.

Pero tres parlamentarias, dos de Podemos y una de Compromís, se hallaban disfrutando de un viaje a cuenta del Congreso a Nueva York. Volvieron aceleradamente pero se supo que habían cargado al presupuesto público hoteles de lujo en la ciudad de los rascacielos. Unos viajes que tanto criticaban antes de llegar a la primera línea de la actividad política.

Pero el sorprendente *selfie del Ritz* llega además en el mismo día en que han salido a la luz las facturas del viaje a todo lujo del consejero de Economía del gobierno valenciano, Rafael Climent, de Compromís. Climent, azote del capitalismo, se gastó 3.000 euros en un viaje a Singapur con suite de lujo en otro establecimiento de la cadena Ritz y con la contratación de una limusina para sus desplazamientos.

En el Congreso y en el Senado es un clamor el incumplimiento de los parlamentarios de Podemos con sus compromisos con la austeridad. Tanto que en la Cámara Alta ya tiene una tránsfuga que se ha pasado al Grupo Mixto para doblar su retribución mensual hasta casi los 7.500 euros.

De los teléfonos de alta gama que facilita el Congreso a sus 350 diputados tan sólo cinco han renunciado al mismo. Son del PP y del PSOE.

Asimismo, los grupos parlamentarios de Podemos en ambas cámaras han cubierto su cupo de asesores a cargo de las arcas públicas. Pero se da la circunstancia de que no han utilizado esa prerrogativa para incorporar letrados o asesores parlamentarios con experiencia en esa tarea. En su inmensa mayoría, se trata de amigos o miembros de los círculos próximos a diputados y senadores.

Tampoco han cumplido su compromiso de renunciar al coche oficial. La alcaldesa de Madrid, Manuela Carmena, y algunos dirigentes de Podemos lo siguen utilizando. Simplemente lo han rebautizado como... «vehículo de incidencias». Y muchos de sus diputados no han renunciado a las tarjetas de taxi que les facilita el Parlamento.

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.